



LOS JAROCHOS

I

Una calaverada

POR fin salí de Veracruz, llevando conmigo á Cecilio y á una inteligente perra española de nombre inglés, Love. Esta me seguía á todas partes, y mi caballo galopaba más contento cuando la sentía brincar á su lado.

Pronto dejamos atrás los bosques de naranjos y los campos de bananos y de guayaberos: llegamos á Lencero. El nombre de este pueblecillo es el de un soldado de Cortés que estableció aquí una venta; aun se conservan algunas de las viviendas de aquel tiempo, llamadas *jacales*.

A corta distancia de Lencero atravesamos los desfiladeros de Cerro Gordo, y un murmullo parecido al del mar cuando se estrella contra las rocas nos anunció la proximidad del río de la Antigua. Siete arcos echados atrevidamente sobre un ancho precipicio, en

cuyo fondo brama el río, atestiguan la grandeza de los antiguos mejicanos. Desde este sitio, llamado Puente Nacional, hasta Veracruz, hay cuarenta y ocho kilómetros.

Aunque fatigado de la marcha, á causa del calor, tenía proyectado continuar pronto mi camino para llegar á Veracruz en una sola jornada, dejando que Cecilio se reuniese conmigo al día siguiente, si su caballo no podía seguir al mío. No creía que mi criado me abandonase. Me alcanzó jadeante y se puso á mi lado. En su fisonomía, generalmente plácida, se revelaba grande inquietud, y bañaba el sudor su rostro amoratado.

—Señor, dijo, si son ciertos los informes que me han dado en el camino, entramos aquí en la región de las calenturas y de la fiebre amarilla. Le confieso á V. ingénuamente que temo por una vida, á la cual quizás tengo más apego del regular. Con el permiso de su señoría, no pienso pasar de aquí.

—En efecto, la fiebre amarilla empieza en este sitio y debo decirte que ataca á los gordinflones como tú. Te regalo el caballo que montas, en premio de tus servicios, y deseo que llegues á Méjico sin novedad.

Por desgracia mediaba entre amo y criado una cuestión de salarios atrasados, que no saldaba el regalo de un caballo viejo. Cecilio me lo insinuó con mucha finura.

—Tengo una letra sobre Veracruz, le dije, por consiguiente debes seguirme allá si quieres cobrar.

—No, señor; de ningún modo, porque tengo mucho miedo á la fiebre amarilla. Si V. quiere hay un medio de que me cobre, y lo decidirá la suerte.

—¿Cómo?

—Jugando el hermoso caballo de su señoría contra mis salarios.

—Déjate de señorías, tunante...

—Señor, perdóneme V., es un recurso que me ocurre, porque no pasaré de aquí: si V. gana quedamos en paz y me contentaré con mi jamelgo; pero si gano yo...

—Bueno, juguemos.

Cecilio sacó su baraja, y nos sentamos á un lado del camino, á la sombra de unos árboles.

—Haga V. el obsequio de tallar, señor.

Tomé las cartas con mano temblorosa y para no prolongar demasiado una situación tan extraña, fijé la partida en tres albures: bastaba, pues, unos cinco minutos para decidir la cuestión.

Gané el primer albur. Cecilio no pestañeó: por mi parte confié por un instante en que la suerte me favorecería; pero perdí el segundo. Quedaba el tercero, el decisivo. Tan fija en el juego estaba nuestra atención que no habíamos reparado en dos jinetes que venían hacia nosotros. Al sentirlos cerca levanté la cabeza y me bastó una ojeada para reconocer en uno de ellos el tipo perfecto del jarocho, ó habitante de Tierra Caliente.

Llevaba un sombrero de paja de anchas alas, levantadas por detrás, un pañuelo de cuadros amarillos y encarnados, que asomaba por debajo del sombrero como una redecilla, y cuyas puntas quedaban flotantes para poner el cuello á cubierto de los rayos del sol; una camisa de tela fina con pechera de batista, un pantalón de pana azul abierto por más arriba de la rodilla, y que le llegaba sólo hasta la mitad de la pierna. Debajo de una faja escarlata de crespón de China, que le ceñía la cintura, pendía un machete con puño de asta, sin guarda mano. Sus pies descalzos se apoyaban ligeramente en los estribos de madera con la punta del dedo pulgar. Con la cabeza negligentemente inclinada sobre un hombro, la sedosa y poblada barba ofrecía los rasgos y el aspecto caballeresco de los de su raza. Su cutis era de un moreno tan subido

que resultaba un término medio entre el del negro y el del indio.

La condición del otro jinete era más difícil de precisar llevaba chaqueta de indiana, pantalón blanco, borceguíes de becerro de Córdoba y un soberbio jipijapa que preservaba su cabeza de los rayos del sol. Su fisonomía era indefinible; lo mismo podía adaptarse á un negociante que á un salteador, y esto parecía confirmarlo el caballo de lujo que montaba.

Una escena de juego es siempre interesante para mejicanos: detuviéronse á mirarnos, y aunque yo traté de dar á nuestra ocupación las apariencias de puro pasatiempo, tenía que habérmelas con jueces muy expertos en materia de debilidades humanas. Después de saludarnos, dijo el del jipijapa.

—¿Se juega tal vez ese hermoso bayo oscuro?

—Adivina V., respondí.

—La puesta es de valor, y si es el de V. ese caballo, le deseo buena suerte.

—Gracias.

—¿Sería indiscreto presenciar la partida?

—Preferiría acabarla como la he empezado. Con testigos me distraigo y no suelo tener buena suerte.

El del jipijapa encontró justificado mi deseo, y volviéndose á su compañero, le dijo:

—Así como así tenemos prisa y debemos separarnos aquí; pero crea V. que, si mañana estoy desocupado, nos veremos en el fandango de Manantial. Lo malo es que, si no mienten ciertos indicios, no tardará en reinar el Norte.

—Pues hasta mañana, sino hay estorbo, contestó el jarocho.

Este, al separarse, siguió el camino recto, y el otro por una senda de la izquierda.

—¿Qué diablos tendrá que ver el viento del Norte con el fandango ó la fiesta de un pueblecillo? pregunté á Cecilio.

—Será quizás que el caballero del jipijapa teme constiparse.

Continuamos la partida: volví otras dos cartas: una era la sota de bastos; fué la que eligió Cecilio. Con mano temblorosa fuí echando cartas, una tras otra: quizás iba á perder un compañero de cinco años. De repente asomó la sota y Cecilio me anunció su triunfo en mi idioma.

—En seguida quitó la silla de mi hermoso caballo y se la puso al mal penco que me tocaba en suerte, mientras yo maldecía tardíamente mi necia complacencia con aquel desagradecido.

Al despedirse Cecilio de mí, además del caballo perdí la perra: se había encariñado mucho con él y le siguió. Tan desazonado quedé que sentía no haber obligado á aquel ingrato á que me devolviese el caballo. No obstante me calmé pronto: había adquirido la virtud de la resignación en medio de las contrariedades de una vida azarosa.

Mi calaverada modificaba mi itinerario: con la calgadura que me quedaba no había que pensar en llegar aquel día á Veracruz.

